

gran arte y maestría los modos, los ligamentos, y las transiciones de las frases y sentencias.

*De la Precision.*—La precision en el estilo es hija de la exáctitud y claridad de nuestros conceptos; descarga de impertinentes accidentes al discurso, separa las cosas verdaderamente distintas, y evita la confusion que nace de la mezcla de las ideas. Es por consiguiente una prenda de gran valor en todo género de escritos.

La *precision* en las ideas da fuerza y espíritu hasta al language comun y ordinario, y le comunica cierta grandeza; pues, quanto mas simples y sensibles son las verdades, requieren mas precision. Dígalo la geometria que por ser la ciencia mas cierta y clara, pide la mas rigurosa exáctitud. Pero es necesario, para no confundir la precision con la concision, que distingamos estas dos calidades.

*De la Concision.*—La concision pertenece á la expresion, asi como la precision á las ideas: desecha las palabras supérfluas, condena los circunloquios inútiles, y emplea siempre los términos mas propios y significativos. Podemos añadir que, así como el obgeto de la precision es la cosa que se dice, el de la concision es el modo con que se dice. La primera simplifica al concepto, y la segunda abrévia su expresion.

La concision debe reynar en las definicio-

nes, en la argumentacion, en las sentencias, en las breves narraciones, &c.; porque lo *difuso* es tan opuesto á lo conciso como lo *prolixo* á lo preciso, y lo *extenso* á lo sucinto. Y para dar una breve idea de estas tres diferentes calidades, podrémos decir: que á lo *preciso* nada se le puede añadir que no le haga *prolixo*, y á lo *sucinto* nada quitarsele sin que quede obscuro; mas lo conciso, siempre que se le cercene, quedará *obscuro*, ó *difuso* si se le añade.

En hermosa lenidad de frases, sean las voces, no las muchas, sino las mas significativas, las que formen frases de vigoroso espíritu, que den nervio á la sentencia. Grande primor será si estas tienen con la gracia de breves el mérito de claras, en cuya fecundidad oculta se diga mas de lo que se dice, á manera de quien, mirando por estrecho resquicio, ve dilatado campo; y á semejanza de aquel artífice que, dibuxando un dedo en reducida lámina, nos fixó en la imaginacion todo un gigante, hallando en ella lo que no hay.

Es gran primor del escritor saber reducir en un limitado espacio cosas que otro necesita extender en una prolixa oracion. El que sabe ser conciso presenta solo lo principal del obgeto, como hacían acertadamente los antiguos, que daban dentro del círculo de una medalla todo un Cesar, retratando solo la cabeza, porque la

medida de los varones grandes se toma de hombros arriba.

Del estilo breve y conciso usaban los estóicos, porque encierra espíritu sentencioso: y así Justo Lypsio en la vida de Séneca los compara á los que usaban en la pelea de puñales para asegurar mejor las heridas. De la brevedad de Phocion en hablar, se maravillaban todos; por lo qual Polieneto decia: que Demóstenes era gran retórico; pero Phocion gravísimo, porque en muy breves palabras comprendía muy grandes sentencias. Y el mismo Demóstenes, despreciando á todos los demas, acostumbraba decir, en levantandose á orar y razonar Phocion: *yá se levanta el cuchillo de mis palabras.*

Con pocas palabras se manifiesta la grandeza del ánimo. Hablar poco y decir mucho es decir mas de lo que se habla; y decir mas de lo que se habla, es valentía y excelencia del entendimiento. Para conocer á alguno, le dixo el Sábio que hablase. Menester es que hable el discreto para que le conozcan; pero su tiempo es menester para hablar. El que habla mucho, aunque hable bien, será hablador; y es dificultoso que hable bien si habla mucho.

Hablar poco, y al mismo tiempo claro y agradable, con gran peso y magestad de sentencias, es lo mas dificultoso; y éstas calidades y virtudes se hallan en Julio César. Homero

dice que Meneláo fué dulce en el decir, y que hablaba poco: que la brevedad en los príncipes, capitanes, y magistrados es alabada. Octavio César quando tenía que hablar al senado, ó al pueblo, ó al ejército, nunca lo hacía sino de pensado, y muy en orden para no hablar mas ni menos de lo que tenía determinado. Esta brevedad favorecia mucho á Pisistrato ateniense para alcanzar gracia con sus ciudadanos; y aun dicen que por ella alcanzó el imperio de todos los griegos.

Solo los Lacedemonios son loados de esta manera de hablar enfático y agúdo, y principalmente su rey Agesiláo, que á veces decia de repente dichos breves, muy gustosos, y aparejados á mover los ánimos de los oyentes á lo que pretendía. Este estilo se adapta bien á la sátira, al donayre, y al gracejo. Lycurgo quiso que los muchachos de Lacedemonia se exercitasen en esta manera de hablar, para que se enseñasen á la burla inocente, y supiesen rechazar las pullas. Demóstenes en sus dichos fué mas urbano que agudo, en lo qual, á dicho de muchos, tuvo Ciceron exceso: así vinieron á ser censurados los dos mayores oradores, el uno de corto, y el otro de largo.

Pero ¿cómo hablará con concision el que ignora el uso de la lengua en que habla? Es necesario que conozca toda su riqueza, todas las formas de su índole, sus licencias gramati-

cales, y toda la propiedad de las palabras y sus diferentes sentidos y usos. Por esto las mugeres y muchachos son tan difusos en su locucion; y por esto, los mismos hombres, quanto mas legos y rudos, son mas verbosos y redundantes. Asi vemos que los mismos artistas son intolerables por su difusion y pesadéz, quando escriben de su arte, si no les guian la pluma las buenas letras ó la filosofía.

En efecto, el que no conoce la riqueza de su propio idioma ¿cómo sabrá abreviar, cercenar lo que sobra, ni suplir lo que falta en la declaracion de un pensamiento? El que ignore la propiedad de las voces ¿cómo sabrá escoger la mas enérgica y expresiva? Si ignora la índole de la lengua ¿cómo conocerá el orden y la inversion de las palabras, y la fuerza elíptica en la frase, para reducirla á la menor expresion sin quitarle nada de lo esencial para su inteligencia? Si no conoce las licencias y anomalías gramaticales ¿sabrán, por ventura, como, quando, y hasta donde se pueden suprimir, ya el verbo, ya el artículo, ya la conjuncion, ya el pronombre, ya el adverbio?

Sea como fuere, para escribir con precision, es necesario pensar como filósofo, y exponer como géometra: para hablar con concision, es necesario mucho exercicio antes de fiar á la pluma sus conceptos. Asi vemos que en las primeras producciones suele ser mas redundante

y débil el estilo que en las últimas, como se experimenta en los jóvenes. El que usa del estilo conciso, conoce el difuso; y por esto lo evita, para huir de la redundancia. El ignorante está mas expuesto á caer en la expresion difusa, porque nunca está seguro si lo que dice es todo lo que debe decir para darse á entender.

Por otra parte no se puede escribir con concision sin que haga el entendimiento un grande esfuerzo; porque, al mismo tiempo que extendemos nuestros conceptos en el papel, reducimos y castigamos el tropel de palabras que se nos representan arreataadas, digamoslo asi, á nuestra imaginacion. Asi acontece que en los borradores de toda composicion casi siempre es mas lo que se quita que lo que se añade á las frases, para dexar hermosa y flúida la brevedad del decir.

Ninguna lengua de las vulgares me parece tan suelta y libre para acomodarse al estilo conciso como la castellana, y por consiguiente tan adaptable su frase para seguir é imitar la brevedad y rapidez de la latina. Sin embargo, son pocos los escritores nuestros que se han abierto un camino en esta manera de componer, fuera de Mariana, Mendoza, Antonio Perez, y Saavedra: no hállo de los senequistas de los reynados de Felipe IV. y Carlos II., que, por hacerse cortos, cortaban el curso natural de la oracion; por hacerse breves, se hacian oscuros; y por

ostentarse sentenciosos, encerraban en un profundo retiro la discrecion, dexandose atras á los geroglíficos egipcios.

De quantas maneras se puede conciliar la concision con la claridad de la idea, y con la libertad gramatical de nuestra lengua, sóbranos á cada paso exemplos. Con esta especie de sequedad y parsimonia de voces se dá siempre á la narracion un ayre de gravedad y de grandeza, que apenas se distingue si son las cosas ó las palabras las que aparecen graves y grandes. Hablando del ejército de los Christianos antes de darse la famosa batalla de las Navas, dice un historiador: *Resolvieron buscar al enemigo: llegó el ejército al pie de Sierra-Morena: faltó el forrage: menguóse el bastimento. La fragosidad negaba el paso; el hambre no permitía la permanencia; la reputacion no concedía la retirada: imposibilitados totalmente de volver, de estar, ni proseguir.*

Hablando de D. Alvaro de Luna, píntalo con esta breve concision el P. Mariana: *Era de ingenio vivo, y de juicio agudo; su astucia y disimulacion grande; el atrevimiento, soberbia, y ambicion, no menores.* En las dos últimas cláusulas se omite el verbo recto *ser*, pues pudiendo decir su *disimulacion* era grande, y su *soberbia* y *ambicion* no eran menores, no lo quiso decir, y aún omitió el artículo *la* en los nombres *soberbia* y *ambicion*. De la misma concision

usa en el retrato que hace del rey D. Alfonso el Magno, quando dice: *Era alto de cuerpo, de muy buen rostro y apostura: la suavidad de sus costumbres muy grande: su clemencia, su valor, su mansedumbre, sin pár.* No solo vuelve á suprimir aqui el verbo *ser*, mas tambien omite la conjuncion *y* entre *valor* y *mansedumbre*. Pondrémos, entre innumerables que omitimos, esta otra muestra de la concision á que se presta la libertad de nuestra lengua en una oracion distribuida en quatro miembros: *Si era animoso, decian que era otro Julio Cesar; si virtuoso, que otro Octaviano; si veráz, que otro Trajano: si sufrido, que otro Vespasiano.* En los tres ultimos miembros se omite en cada uno la repeticion de *si era* y de *decian era*.

Es de tanto uso la figura elipsis en los modismos de la lengua castellana, que parece que solo en ella se puede faltar á la gramática sin dañar al concepto ni á la claridad: anda la oracion, y no tiene pies muchas veces: habla y es muda. Ya hemos visto como se omiten los verbos, y lo veremos mejor en esta oracion: *Si encuentra ricos, se muestra avaro; si pobres, ambicioso.* En el segundo miembro se calla el verbo *encontrar*, y *mostrar*.

Hablando de un soldado muy nombrado por su valor, dice un escritor: *Hizo lo que nunca, volver las espaldas.* En esta oracion se saltan dos cláusulas, por no debilitar la frase con esta

extension gramatical : Hizo lo que nunca *habia hecho, que fue* volver las espaldas.

El estilo sentencioso pide para mayor gravedad y autoridad esta estructura suelta y cortada; y es cosa rara que, quanto menos ligada la oracion, sea mas nerviosa. Veamos en este exemplo quantas palabras faltan en el segundo miembro para ligarlo con el primero, y como no las necesita la inteligencia del concepto. Leemos en este breve aviso moral todo lo que conviene retener en la memoria: *Muchos pueden hacerte dichoso; honrado, tú solamente.* En esta última cláusula leemos implícitamente, *pero hacerte honrado, tu solamente lo puedes.* Aun es mas visible la desnudéz elegante de la elipsis en esta oracion: *En semejantes vanidades se gasta el tiempo: una vez ido, irrevocable.* Toda la fuerza y gravedad de esta frase desaparece diciendo despues de *tiempo, el qual una vez ido, es irrevocable.*

Con esta especie de sequedad y parsimonia de voces recibe el estilo un ayre de magestad y grandeza que apenas se distingue si son las cosas ó las palabras las que aparecen magestuosas, ó grandes. Si á este estilo le faltan fluidez y melodía, y á veces correccion, en recompensa le sobran aquel vigor y energia que pide la severidad y desenfado filosófico, quando dicta maxímas y pinta desengaños. Basten los siguientes exemplos: *De tan inesti-*

*mable precio es la libertad; que no gozarla, es de béstias; dexarla perder, de cobardes.—No sé en qué tiempo mienten mas los hombres, quando lisongeros, ó quando enemigos: yo todo lo juzgo un tiempo, todo un nombre.* Asi dixo un autor nuestro antiguo en la edad en que se pensaba mejor que se escribia, y en que algunos rasgos felices, salvados de entre los tenebrosos misterios de aquellos escritos pueden servir de modelos de precision y concision, como en las dos sentencias que acabamos de trasladar, y en este símil emblemático del mismo autor: *cargos y oficios: yedra en el muro, que engalana y destruye.* Esta oracion sin verbo ni regimen, parece hecha mas para los ojos que para el espíritu: por que es mas lo que en ella se pinta que lo que se dice. Y para cortar sentencias por este breve talle, es única maestra la lengua castellana.

Pero tambien la extremada concision, que suele ser afectacion en muchos autores, dexa el sentido de la frase ambiguo y obscuro las mas veces; y asi se ahogaban en este humo de su vanidad nuestros autores aforísticos de filosofía político-moral, que hablaban en cifra por parecer oráculos.

La cosa mas agradable y preciosa dexa de ser estimada y singular quando se abusa de ella. Una obra, un discurso, una composicion entera, construida toda de frases cortas y miembros

cortados, sería intolerable al oído, no solo á la imaginación del oyente: la memoria no puede retener lo que anda desatado, y la atención se pierde entre tan desunidos materiales. Ceñirse en corto espacio para correr después la pluma con mas rapidéz, ó extenderse con mas anchura, es prenda del buen escritor, que sabe acomodar en tiempo y sazón el estilo á la materia y al lugar. Quando decimos que un autor es conciso, no entendemos sino que suele inclinarse su estilo en lo general á este género de escribir; no que toda la estructura de las frases lleve esta forma. ¿No se ha de hablar alguna vez á los sentidos para entretener la imaginación, ó mover el ánimo del lector, ó del oyente?

Si es insoportable la excesiva brevedad, que dexa truncado el estilo, dura la frase, y enigmático el sentido; no lo es menos la verbosidad que algunos confunden con la facundia. La natural fecundidad y facilidad de algunos escritores, no la permite poner término á la lozanía de sus expresiones: prolixos y menudos en sus definiciones: difusos en sus alegorías y comparaciones: dilatados en sus contrastes: y acompañados aun en sus gracias, en cuyos escritos se descubre mas retórica que eloqüencia. Si la memoria y la atención del lector padece con la corta brevedad de los unos, no sufre menos con la profusión y redundancia de los otros. A

los Embaxadores de los Sámios, segun cuenta Plutarco, que amonestaban á Cleoménes que hiciese la guerra al tirano Polycrates, sobre lo qual le hicieron un razonamiento muy largo les dixo: *De lo que dixiste primero, no me acuerdo, y por esto no entiendo lo de en medio; y lo postrero de ningun modo apruebo.*

Puede atribuirse la redundancia á la verbosidad, y ésta á la facilidad. A lo menos la facilidad de amplificar por todas circunstancias y aspectos imaginables un mismo pensamiento es ocasión de caer algunas veces en un estilo difuso, lánguido, y monótono. El que cree que nunca acaba de imprimir en los ánimos de los oyentes la verdad ó doctrina que predica, forzosamente ha de derramar en la oración frases y palabras que se repiten muy á menudo, ó que se diferencian con muy poca variedad.

De esta superabundancia nace la languidez y frialdad del estilo. Quando se apura la materia, desfallece el brio y el interés; y las últimas expresiones, en cierta manera amortiguadas, han de enervar precisamente á las primeras. Entonces es preciso recurrir á lugares comunes, á frases nuevas mas no diferentes, á comparaciones y á símiles triviales, y las mas veces inoportunos, y á discursos y pruebas contrapuestas en que el escritor, haciendo la primera parte, tiene hecha la segunda, y el lector, una vez leída la una, tiene adivinada la otra, como

el reverso de una moneda corriente. De aqui nacen tantas frases descuidadas, tan frecuentes repeticiones, tanta uniformidad de pensamientos y de períodos; de todo lo qual se viene á formar una composicion difusa, molesta, y derramada. Asi sucede que muchos pensamientos, antes que florezcan en la oracion, se marchitan.

Los que pecan en este language, no es porque no usan de palabras castizas y elegantes; sino porque las multiplican sin necesidad, ó las toman en una significacion vaga é inadecuada á su intento. Y no solo ha de estar limpia la oracion de palabras supérfluas, sino tambien de todo miembro redundante; porque si cada palabra no representa una idea nueva, y cada miembro no abraza un nuevo concepto, queda enervada la sentencia. Todas aquellas palabras que no añaden algo al sentido de la proposicion, lo debilitan; y siendo supérfluas, embarazan la oracion, quitandole la soltura y fluidez de los períodos. La concision pide mucha severidad y buen tino, ya cercenando lo preciso para dar nervio y energia á la sentencia, ya no desnudando tanto la frase, que salga duro y árido el estilo.

Entre los vicios de la redundancia es el mas freqüente la prodigalidad con que se siembran los epítetos, cuya vana é inutil ostentacion no es mas que ojarasca que cubre y oculta al ruin fruto. La célebre poetisa Corina, dizo un dia

de Píndaro, sonriendose de la profusion de epítetos con que este poeta empezaba un poema. “Tu habias tomado un costal de grano para sembrar una pieza de tierra; y en lugar de arrojarlo á puñados, al primer paso vaciaste el costal.” Y ¿qué diremos del uso inmoderado de los superlativos, que ofenden la cordura y hacen dudosa la verdad? Son las exágeraciones prodigalidades de la estimacion: son indicio de cortedad de conocimiento y de gusto. Son raros los casos en que cae bien su aplicacion, quando no ayudan á la mas viva demostracion de un encarecimiento.

*Del Decoro.*—Como en nuestra vida, y en todas nuestras obras, no hay cosa mas difícil que ver lo que nos conviene; lo mismo es en la oracion, donde lo mas principal es guardar el decoro, no solo en las sentencias, sino en las palabras: que no toda fortuna, ni toda honra, ni toda autoridad, ni dignidad, ni edad, ni tiempo, ni todos los oyentes han de ser tratados con unas mismas palabras y razones: mas siempre se ha de considerar lo que mas á cada uno convenga. Isócrates da el precepto siguiente á su rey: *En todo lo que dixéres y pensáres, siempre debes tener presente en la memoria que eres rey, para que no digas ni hagas cosa indigna de tan gran nombre.* En gran manera, dice Plutarco, se ha de recatar el que hubiere de hablar sobre pensado, que no use de palabras vanas con el

pueblo; pues sabemos que Pericles, aquel gran orador, antes que comenzase un razonamiento al pueblo, acostumbraba rogar á los dioses que ninguna palabra le viniese á la memoria que fuese agena del propósito. De Alcibiades cuenta Teofrasto, que quando oraba, andaba buscando con atencion, no solamente que diria, pero tambien como lo diria, y de que manera templanía el decir y que rigor ó blandura pondria en las palabras. Y ésta era la causa porque muchas veces se paraba, y parecía turbarse y titubear. El que comienza desde la misma cosa, y habla luego de ella; en gran manera, mueve y persuade al pueblo, y lo atrahe á lo que quiere sin trabaxo.

Es impropio y disonante el estilo si no conviene con el sugeto, como quando se usa de frases blandas y regaladas en casos tristes y terribles. Asi sucedió á Lysias en la oracion que hizo para la defensa de Sócrates, quien la juzgó por buena, pero indecente para la gravedad y estimacion suya: porque, como dice Aristides en una oracion: no conviene á la muger noble lo que á la deshonesto y pérdida; y mucho menos á los hombres lo que á las mugeres. Y por esta razon llamaremos prudente al orador, quando sabe usar de la gracia, de la suavidad, de la llaneza, de la cultura, ó de la grandiloquencia, ya sea en las cosas, ya

en las palabras, en su lugar en su tiempo, y en su modo.

La elevacion y magnificencia roban nuestra atencion, quando la diction corresponde al obgeto, porque es regla general que la expresion se mida con el asunto que se trata. ¿ Quien referirá el incendio de Roma por Neron con lenguaje sencillo y frio? Quando los personajes, ó sus hechos, son ilustres y grandes, la locucion debe ser tan magnífica como ellos. Veamos como habla Ciceron quando habla de Julio Cesar: *El mayor presente, (le dice) que te hizo la naturaleza, es la voluntad de hacer bien, ya que de la fortuna recibiste el poder de hacerlo.*—Oygamos con qué gravedad habla Valerio Máximo de una accion generosa de Pompeyo, vencedor y restaurador de Tygranes: *Le restituyó (dice) su primera dignidad, juzgando por cosa tan gloriosa el hacer como el vencer reyes.*—No menos digno del sugeto es este rasgo magnífico de un historiador en elogio de Carlomagno: *El imperio se sostenía por la grandeza del emperador, quien, sobre ser hombre grande, aun era mayor príncipe.*—Del Rey Católico D. Fernando dice D. Diego de Saavedra: *Ni victorioso se ensoberbeció, ni desesperó vencido; y firmó las paces debaxo del escudo. No tuvo Corte fixa, girando como el sol por los orbes de sus reynos.*

Hablando Plutarco de la conformidad estrecha que debe guardar el estilo con el asunto, nos refiere: que á uno que alababa mucho á un orador que las cosas pequeñas engrandecía y amplificaba, dixo Agesiláo: *Yo por cierto no tengo por buen zapatero al que para pie chico hace grandes zapatos.* A este propósito se puede aplicar lo que un viagero respondió á un pequeño y pobre Príncipe de Alemania que, enseñándole todas las piezas de su palacio, y preguntando lo que le parecia, le dixo: *Que en nada habia que poner reparo, sino en la cocina, que era demasiado grande.*

Otras veces procede la discordancia é impropiedad del estilo con las cosas, del desacierto de algunos escritores, quando zurzen retazos de obras de otros, y los aplican á estofa de distinta suerte ó color; ó pretenden que lo que trabajó el autor original para su intento, se ajuste despues á su sentencia, aunque perfecta en sí misma. Debieran ellos advertir que lo bueno y lo propio es lo que conviene, y que la conveniencia está en que lo feo quadre con lo feo, lo hermoso con lo hermoso, lo humilde con lo humilde, y lo magnífico con lo magnífico. A estos malos ladrones de trabaxos ajenos podria aplicarse aqui lo que cuenta Plutarco de Demónides el coxo, el qual, habiéndole hurtado los zapatos, echaba plegarias que viniesen bien al pie del ladron, porque eran tuertos,

y por eso no podian hacer sino al pie de otro coxo.

*De la Dignidad.*—No basta que la diction sea decente en los discursos oratorios, y escritos serios. La dignidad que pide el estilo reprobaba las locuciones baxas, populares, ó muy comunes.

Este defecto en que han caido algunos oradores y escritores, famosos por otros respetos, se toca en este exemplo: *Estos mismos varones, que vemos hoy en los cuernos de la Luna,* pudiendo haber dicho el autor con dignidad, *que vemos hoy ensalzados,* ó bien, *que vemos en la cumbre de la fortuna.* Lo mismo se puede reprehender en esta otra sentencia: *El vicio señorea, y la virtud anda por los suelos,* pudiendose decir, *la virtud está abatida, ú hollada.* Esta desigualdad nace de falta de gusto, ó de negligencia en castigar el estilo, ó de poca delicadeza en las costumbres, y en la educacion civil y literaria.

En los símiles suele ser donde mas se descubre esta desigualdad de lo muy elevado y lo muy humilde. *Asi como el hombre (escribe un eloqüente místico) naturalmente es mayor que una hormiga, asi aquella nobilissima sustancia divina sobrepaja tanto todas las otras sustancias criadas, que todas ellas apenas son una hormiga delante de él.* Sigue el mismo autor el mismo estilo con otro exemplo, quando dice: *Los*

buenos, considerando que tienen á Dios por padre, y que es el que les envía aquel cáliz como una purga ordenada por mano de un sapientísimo medico;....La palabra *hormiga* del primer ejemplo, y la otra *purga* del segundo, sobre ser humildes en sí mismas, son impropias de unas ideas tan altas y nobles.

Ninguna cosa debe procurar tanto el que desea alcanzar nombre de escritor suelto y elegante con la gala de la elocucion, como la limpieza, escogimiento de voces, y ornatos que presta la lengua. No la enriquece quien usa de vocablos humildes, indecentes ó comunes, ni el que introduce vocablos peregrinos, inusitados, ó insignificantes; antes la empobrece con este abuso. Los unos por falta de cuidado y diligencia, se contentan con la llaneza y estilo vulgar, creyendo que lo que es permitido en el trato comun se puede trasladar á los escritos y razonamientos graves, donde qualquier leve descuido deslustra la sentencia y su exórnacion. y los otros, por dar mas dignidad á sus conceptos con la cultura de sus palabras, no aciertan con las propias que, sin tocar en los dos extremos de comunes ó estudiadas, tengan una noble propiedad. Para desviarse del lenguaje comun, no basta desechar las visiblemente vulgares, sino escoger entre las decentes las mas urbanas y enérgicas, sin que se trasluzca violencia ni afectacion. Por exemplo la palabra *ondas* es

voz mas sonora, llena y grave que *aguas* y que *mar*: mas grave es *tempestad* que viento; mas ruina que caída, mas *pesadumbre* que pesar; mas *gravedad* que peso; mas *sublimidad* que elevacion; y mas digna *lecho* que cama, y *alumbramiento* que parto, &c. Y asi la voz grave significa mas vehemencia, la sublime mas magnificencia, y resplandor, y añade magestad á la diction grave.

Pero para no caer en el culteranismo queriendo huir de términos comunes, aunque propios y claros, se necesita tierno tino en escoger voces conocidas sin que dexen de ser nobles. Si no queremos decir, por exemplo, *cierzo* que es voz comun, ni *norte* que es general; no diremos tampoco *aquilon*, que es poética, y por tanto afectada; pero podremos decir *septentrion*. Por las mismas razones y orden comparativo no diremos, ni *levante*, ni *orto*; mas si *oriente*; ni tampoco *poniente*, ni *ocaso*; mas si *occidente*.

Y aunque los términos forenses, legales, oficinales, y metafísicos son nobles por su sentido y obgeto, no los admite la dignidad de la eloqüencia, ni aun para símiles y comparaciones, en que se busca color y esplendor. Para estas imágenes tienen mas energía y propiedad las voces pastoriles, las rurales, y todas las que pintan obgetos de la naturaleza, por ser mas puras, mas magníficas, mas sencillas, y mas sensibles que las del arte: con estas se enseña